

¿Contra la constitución europea o contra la Europa capitalista?

IÑAKI GIL DE SAN VICENTE :: 16/10/2003

Desde muchos colectivos de izquierda y también de reformismo duro, se está criticando con razón el contenido esencialmente antidemocrático del proyecto de Constitución política que está imponiendo el capitalismo europeo.

Es correcto y necesario hacerlo porque, como veremos, tal proyecto es reaccionario. Pero esa denuncia es sólo una parte de la tarea, la parte más llamativa y fácil de divulgar y comprender, pero no es la decisiva. Insisto en que hay que extender las denuncias y especialmente las movilizaciones contra la Constitución europea impulsando su rechazo activo, el NO en el referendun que se celebrará en su momento.

Sin embargo, la verdadera trampa de la Constitución, su peligro, radica en otro sitio, en el desconocimiento absoluto del proceso histórico que nos ha traído a esta miseria. Quien no conoce la historia, está condenado a repetirla. Y quien desconoce que en la actualidad el grueso de las burguesías europeas está impulsando un salto en la concentración y centralización de capitales en un contexto mundial determinado, quien ignore esto tan básico no podrá descubrir todos los peligros que se ocultan en el proyecto constitucional. Quien se limite a la mera denuncia democraticista, necesaria por demás, de las injusticias legalizadas en esa Constitución, no podrá nunca bucear al fondo del problema y, desde ahí abajo, movilizar todas las fuerzas revolucionarias, progresistas y democráticas.

Se critica con absoluta razón que el proyecto constitucional es antidemocrático porque está elaborado sin un previo proceso democrático constituyente; porque lo han elaborado en el más oscuro de los secretos burocráticos determinados poderes que nunca se someten a elección democrática alguna, si es que esta sirviera de algo; que lo seguirán matizando en los aspectos secundarios las burocracias de los Estados, también libres de la débil duda electoral cada cuatro o cinco años; que solamente algunas cosillas sin valor ni transcendencia alguna serán dejadas al impotente e ineficaz, y muy corrupto y vendido a los privilegios de la poltrona, Parlamento europeo; que los Estados actuales mantienen sus fronteras y la opresión de las naciones en su interior; que las eurorregiones --ese engaño para incautos bienintencionados-- han sido echadas al baúl de las administraciones meramente técnicas y descentralizadores sin poder decisorio; que la burguesía europea ha impuesto articulados enteros que siegan de cuajo las mermadas conquistas sociales, laborales, sindicales, sexuales, culturales, etc., obtenidas solamente gracias a luchas sexo-económicas, nacionales y de clases; que la Constitución es nítidamente euroimperialista cara al exterior, con su propio ejército, y que cara al interior europeo refuerza el poder de determinados Estados sobre otros, con un imperialismo intraeuropeo; que se basa en una eurorepresión dotada de los más sofisticados medios tecnocientíficos y de (tele)control social flexible; que los proyectos en I+D están en función del beneficio capitalista y no de la calidad de vida humana y de la lucha contra la catástrofe ecológica; que es racista y eurocéntrica y que, para colmo, quieren que sea cristiana.

Todo esto tan brevemente expuesto, es cierto. Como es cierto que, a la vez, la poderosa industria político-propagandística --la llamada “prensa libre” burguesa-- hace tiempo que ha puesto a funcionar al máximo la maquinaria de manipulación del componente irracional de la estructura psíquica de las masas europeas para, uno, desprestigiar a quienes rechazamos la unión capitalista de Europa; dos, convencer a los llamados euroescépticos; tres, reforzar a los ya convencidos para que resistan cuando se descubra la esencia antidemocrática de la Constitución y, cuatro, justificar que haya “ciudadanos europeos” de primera, de segunda y de tercera. Sin entrar ahora a la crítica marxista del mito del “ciudadano” y por tanto de la “sociedad civil”, serán de primera quienes tengan la nacionalidad estatal de los Estados hegemónicos, especialmeten, por ahora, del eje Berlín-París y muy seguramente algo más tarde de italianos y británicos; los de segunda serán los de las potencias de menos población aunque de alto poder económico y tecnocientífico, y de tercera serán los restantes. Fuera de estos, una enorme masa de seres humanos emigrantes, desplazados, marginados, estadísticamente “invisibles”, y también aquellos que siendo europeos por origen geográfico sin embargo carecemos de los derechos esenciales al estar oprimidos nacionalmente por los Estados oficiales. Para ocultar o intentar legitimar las injustas diferencias entre estos sectores, la “prensa libre” desarrolla una campaña alienadora impresionante con ayuda de los Estados.

Ahora bien, insistiendo en la necesidad de criticar estas injusticias manifiestas, también hay que profundizar en los intereses clasistas que las han propiciado, pero a la vez hay que descubrir el comportamiento anterior de muchas fuerzas que ahora denuncian la Constitución pero que no han hecho nada para impedir llegar a esta situación. Muchos críticos actuales han permanecido en silencio durante años o, peor, han facilitado las sucesivas victorias capitalistas que están en base inmediata de esta situación. Desde luego que nunca es tarde para empezar la lucha y que, cara al futuro, es necesario abrir un debate entre las izquierdas y sectores progresistas europeas para aunar objetivos comunes en la misma dirección. Lograrlo no depende sólo de la buena voluntad, ni tampoco de un oportuno acto de contricción de quienes han hecho poco o nada hasta ahora; también depende de la capacidad colectiva de autocrítica y profundización teórica en el largo proceso histórico de concentración y centralización del capital europeo como uno de los espacios imperialistas de acumulación decisivos en este modo de producción.

En contra de lo que se afirma, la situación actual no tiene su origen en las voluntades aisladas de varias “personalidades europeas” tras la guerra de 1939/45 y ante los problemas que se presentaban, como generalmente se interpreta, sino en la lúcida consciencia de la derrota directa de la burguesía alemana y de la debilidad estructural y semi-ocupación por el ejército norteamericano de Estados como el francés, el italiano, el holandés y otros, todo bajo la presencia de la URSS a pocos centenares de kilómetros. En aquellas condiciones relanzar la acumulación capitalista en cada Estado exigía un incipiente e inexcusable acercamiento que facilitara el tránsito de productos esenciales como carbón y acero, y ello aceleraba inevitablemente la concentración y centralización de capitales en un contexto nuevo. No fueron sujetos individuales sino intereses burgueses colectivos, y los sujetos facilitaron esos intereses. Por tanto, la situación actual está determinada por decenios de evolución de lo más puro y duro del capitalismo, en vez de por pocos años de superficiales acuerdos políticos.

Durante estos decenios, las llamadas “izquierdas” han sido una de las fuerzas impulsoras de lo que actualmente es la UE. Con la excusa de impedir o al menos frenar y contener los “aspectos negativos” y desarrollar lo más posible los “positivos”, estas “izquierdas” han impulsado este proceso sin tener en cuenta que el fundamental beneficiario era el capitalismo. Es mentira que ese impulso haya sido la causa principal del llamado “Estado del bienestar” --en todo caso, Estado de menor malestar-- porque su origen ha sido, primero, el miedo burgués al movimiento obrero; segundo, la presencia de la URSS y, tercero, las ofertas negociadoras siempre a la baja del reformismo y de esas “izquierdas”. Allí donde el movimiento obrero era débil, la URSS estaba lejos y la burguesía no necesitaba del reformismo, apenas hizo falta el “Estado de menor malestar”. Las “izquierdas”, al impulsar el MCE y la UE, han facilitado el euroimperialismo externo e interno, y junto a él, la centralización y concentración de capital europeo. Desde la mitad de los '70, además, han ayudado deliberadamente cuando no las han dirigido, al triunfo mayor o menor de los ataques antisociales habidos, apenas enfrentándose abiertamente el recorte de libertades democráticas o incluso apoyándolo oficialmente con la excusa de la “seguridad ciudadana”. La larga lista de claudicaciones y colaboraciones mantenidas durante decenios han hundido a las “izquierdas”, han desanimado y desorientado a las masas oprimidas y han envalentonado a las burguesías. La mezcla de pasividad, indiferencia y derrotismo de buena parte de la población europea ante la Constitución tiene su origen directo en el comportamiento de estas “izquierdas”, algunas de las cuales ahora protestan.

Actualmente no existen izquierdas sólidas capaces de lanzar una lucha masiva contra la Constitución porque las “izquierdas”, el reformismo duro --¿alguien piensa a estas alturas que el PCF o el PCE son revolucionarios?-- sobre todo, han rendido el inestimable servicio a la burguesía de haber frenado el desarrollo de verdaderas izquierdas. No existen, o son muy débiles, en la práctica, y en la teoría muestran una gran debilidad en lo relacionado con la historia del capitalismo europeo. No debe sorprendernos ni lo uno ni lo otro conociendo como conocemos las presiones de todo tipo que esas “izquierdas” han hecho para impedir la existencia de las izquierdas revolucionarias Y menos debe sorprendernos lo relacionado con la historia europea, siguiendo con el ejemplo del PCF y PCE, porque, de un lado, conocerla -en el sentido marxista- les exigiría superar el mecanicismo economicista del dogmatismo ruso; de otro, reinterpretar el papel crucial primero del imperio Habsburgo y después del reino de Francia, con lo que se enfrentarían a otra historia de sus propios Estados y, por último, al final se hubieran tenido que enfrentar con su misma historia partidista, con su papel como sostenedores de Estados opresores desde, como mínimo, la década de los '30 del siglo XX hasta ahora mismo. Demasiado.

Como efecto de lo anterior, a comienzos de los '80 sólo grupos muy reducidos si lo comparamos con la fuerza de las movilizaciones de 40 años antes y de 15 años antes, estaban en condiciones de prever la celérica velocidad de concentración y centralización europea, que se hizo más intensa con la implosión de la URSS. Si ahora releemos las críticas al Tratado de Maastricht vemos que, en su inmensa mayoría, primaban los aspectos democraticistas y superficiales, faltando una visión de fondo de las sucesivas reordenaciones de la jerarquía y hegemonía capitalista en Europa desde los siglos XVI-XVII como uno de los factores que expresan e impulsan la interacción de fuerzas contradictorias en la evolución capitalista. La inmensa mayoría de la oposición a la UE no ha comprendido que ésta es la cuarta reordenación capitalista europea -aun no concluida-, siendo las

anteriores las que se materializan formal y oficialmente alrededor del Tratado de Wetfalia de 1648, del Congreso de Viena de 1815 y de los acuerdos de 1944/45 entre los EEUU y la URSS.

La ausencia de una visión teórica sistemática impide comprender tanto el contenido y el significado global de los cambios que vivimos y que marcan el tránsito de una fase y reordenación a otra, lo que explica que los efectos sean mucho más complejos y a largo alcance que las simples y cortas condenas parciales al uso; como, por la complejidad y transcendencia del cambio de fase, la necesidad de una política de izquierdas que supere cualitativamente las clásicas denuncias y movilizaciones aisladas para avanzar en una lógica recomposición de las izquierdas por y para responder a la previa reordenación del poder capitalista. Saber que lo que está sucediendo expresa una transformación en profundidad y en extensión de las formas actuales en las que se expresan las constantes esenciales, genético-estructurales, del capitalismo europeo, en vez de una ligera reforma de las instancias político-parlamentarias, ser consciente de esto es fundamental para avanzar en una política radical en vez de continuar con una denuncia democraticista.

Las reordenaciones capitalistas expresan procesos totales, es decir, que tarde o temprano terminan afectando a todos los componentes de la realidad social, desde las formas de explotación de la fuerza de trabajo hasta los mecanismos socioculturales de dominación y opresión de masas, sexo-género y nacional, pasando por las necesarias adaptaciones en y de los Estados para responder --y también impulsar-- estos cambios. Las guerras han jugado un papel crucial en las tres reordenaciones anteriores, y la lucha de clases ha determinado sus causas particulares. Mediante la guerra y la contrarrevolución fascista y/o militar, el capitalismo europeo ha ido reestructurando sus mecanismos globales de acumulación, que es de lo que se trata. En la actual reordenación, sin embargo, la guerra abierta entre grandes Estados ha dejado paso a una serie de guerras locales y, sobre todo, a un endurecimiento feroz del ataque del Capital contra el Trabajo y a un aumento de las presiones y chantajes económico-políticos de las burguesías más fuertes contra las menos fuertes.

Dado que las fracciones financiero-industriales europeas --sin precisar aquí qué sectores burgueses transestatales y qué Estados dirigen la actual reordenación-- no pueden por ahora recurrir descaradamente a otra guerra abierta, como en el pasado, han endurecido los dos métodos citados arriba: el ataque al Trabajo y las presiones y chantajes interburguesas, mientras mejoran sus fuerzas policíaco-militares para la represión interna y preparan fuerzas ofensivas para expandir el euroimperialismo. Naturalmente, todo lo visto genera un montón de contradicciones que se van resolviendo mal que bien en beneficio de los más poderosos, que no dudan en hacer ciertas concesiones oportunistas según las alianzas coyunturales. Más aún, dado que uno de los problemas más importantes en la actual reordenación es la postura de los EEUU, en concreto su estrategia de impedir la expansión de la UE hacia Rusia, China y Japón, a la vez que controla el vital paso del Cáucaso y Asia Central --la antigua Ruta de la Seda--, aparte de otros objetivos, visto esto, aumentarán las diferencias y contradicciones internas a Europa que se resolverán con las cesiones de las burguesías y Estados menos fuertes.

Semejante mezcla de intereses diversos no es en modo alguno caótica e ilógica. Las

discrepancias reflejan el choque entre las obsoletas y viejas formas de explotación y acumulación locales, estatales incluso en muchas áreas productivas, con las formas más rentables, nuevas, que facilitan la obtención de beneficio en un capitalismo en el que el factor-tiempo (más explotación, tecnología y libertad burguesa) adquiere cada segundo mayor importancia. Las urgencias añadidas por el eje Berlín-París al debate constitucional europeo surgen de lo aquí visto y del hecho de que cada segundo perdido conlleva la pérdida de su parte alícuota en la tasa de beneficio. Pero la imposibilidad del recurso a la guerra explica con antelación por qué será larga esta reordenación; por qué será larga la pugna no militar con los EEUU; por qué esta potencia criminal hará lo imposible por controlar desde dentro la evolución de la UE para impedir el surgimiento de una competencia económica; por qué los diversos bloques burgueses oscilarán en sus alianzas y movilizarán todos sus instrumentos de coerción, alienación e incluso algunos de consenso con sus masas explotadas, para ganar lo más posible y/o perder lo menos posible. Y explica, básicamente, por qué todas las burguesías están de acuerdo en lo esencial, en impedir que los pueblos europeos conozcan con un mínimo de detalle el articulado constitucional, su letra pequeña.

¿Qué tienen que hacer las izquierdas? De entrada, es obvio que masificar la denuncia de la Constitución, llegando a todos los rincones y no dejando títere con cabeza porque un significativo rechazo democrático y progresista de la Constitución será un acicate concienciador y movilizador. Pero esta es solamente la parte más exterior, aunque importante y necesaria, de las tareas a realizar. Otro es el de avanzar coordinadamente en el debate y concreción teórico-práctica de nuevas relaciones entre las izquierdas; nuevas relaciones que respondan a las novedades de sino opuesto introducidas por el capitalismo y que están en la base de la actual reordenación. En este sentido, y para acabar, veo necesario avanzar en la movilización práctica y teórica en, como mínimo, seis bloques de problemas:

Uno, el de concretar qué es, cómo se materializa y qué formas tenemos las izquierdas de avanzar en la lucha entre el Trabajo y el Capital en la Europa actual. No hablo de una simple reactualización del concepto “lucha de clases” que es más actual que nunca, sino de una reflexión teórica basada en las prácticas del Trabajo en su capacidad de autoorganización y centralidad tras los ataques de desestructuración que viene sufriendo desde los '70.

Dos, especial importancia tiene en este tema la específica explotación sexo-económica de algo más de la mitad de la población europea, es decir, la actual realidad y fuerza del sistema patriarco-burgués en el capitalismo desarrollado.

Tres, la tendencia al aumento de las conciencias de identidad colectiva, nacional y cultural en la reciente evolución europea, constatando el avivamiento de una realidad que el cosmopolitismo había despreciado hace unos años asegurando su desaparición próxima, pero que ha demostrado una fuerza sorprendente. Especial atención hay que prestar a las luchas por la recuperación de las identidades colectivas lingüístico-culturales como avances progresistas que minan las bases de la mercantilización capitalista.

Cuatro, el problema creciente de la fuerza de trabajo emigrante, exterior a la actual UE de

los 15 y dentro de poco de los 25, problema que concierne a los tres precedentes y a varios de los posteriores; problema que es recurrente en la historia de las reordenaciones capitalistas por cuanto la disposición de abundante mano de obra barata y dócil ha sido uno de los objetivos internos a todas las guerras y contrarrevoluciones.

Cinco, el proceso hacia un supra-Estado fuerte, militarizado, tecnificado en la represión clásica pero muy avanzado en el (tele)control social flexible de las poblaciones. En estudio de los nuevos mecanismos de coerción política que se suman a la sorda coerción del capital, de apariencia democrática, de alienación de masas y de ágil uso del consenso oportunista y táctico para obtener "paz social" y divisiones entre las masas.

Seis, las formas de intervención de las masas, movimientos, colectivos y grupos sociales en la acción social en general. Es decir, las contradicciones y choques entre la democracia burguesa actual, y las prácticas embrionarias y parciales, siempre limitadas, de democracia socialista de los movimientos populares. Esta contradicción que aparece en muchos aspectos de base es sin embargo sistemáticamente silenciada y negada por la prensa dominante, pero nos enseña múltiples posibilidades de enriquecimiento práctico. Naturalmente, también hay que estudiar las relaciones de estas prácticas horizontales con los partidos y sindicatos de izquierda: el problema del dirigismo, de la espontaneidad y del delegacionismo.

Siete, las formas de interrelación de los métodos de intervención, acción, presión, manifestación, lucha, autodefensa, etc., es decir, los métodos múltiples de que se dotan en determinados momentos las masas, los grupos y sujetos para primero resistir a los ataques del poder y, luego, pasar a la ofensiva. Este es un problema permanente que nos remite a muchos de los puntos arriba presentados, y que en la actualidad adquiere otra vez gran importancia.

Ocho, los problemas ya abiertamente urgentes y vitales causados por el irracionalismo capitalista, como las formas de lucha contra la crisis ecológica, el consumismo y todo lo relacionado con la mercantilización definitiva de la Naturaleza y de la vida humana, con especial insistencia en el desarrollo de otra forma de vida y de pensamiento, lo que lleva al problema del poder tecnocientífico burgués, inseparable del capital constante, y por tanto al problema de la producción social de un conocimiento no mercantilizado.

Desde luego que estos bloques y otros más que no se han citado --todo el universo de la ética y del desarrollo estético. pluridimensional y polícromo de la especie humana, por ejemplo-- tienen diversas urgencias y valoraciones de importancia dependiendo de los colectivos, clases, sexos y naciones que los padezcan, y la forma de enunciación aquí presentada no quiere expresar un orden jerárquico impuesto dogmáticamente. Debemos ser las izquierdas las que debatamos y, sobre todo, avancemos en la práctica de nuestras acciones, priorizando el debate concreto de y sobre realidades concretas en vez de las abstrusas disquisiciones abstractas, porque lo decisivo no es parlotear contra la Constitución europea sino luchar contra la Europa capitalista.

EUSKAL HERRIA
13/X/2003

https://www.lahaine.org/est_espanol.php/contra-la-constitucion-europea-o